

## Más allá de una tragedia insólita

**C**REO que ningún chileno dejó de impactarse ante el accidente que, hace una semana, costó la vida a un ejecutivo de una empresa norteamericana que —ese mismo día— acababa de salvar ileso del incendio de un avión en el cual viajaba desde Iquique a Calama y que logró un aterrizaje forzoso, permitiendo salir con vida a sus únicos dos ocupantes.

Uno de ellos, el piloto, se quedó reparando el avión y lo llevó de regreso a Iquique. El otro, su acompañante y compañero de trabajo, continuó viaje por tierra a su lugar original de destino, en una camioneta de la empresa trasladada al lugar del accidente aéreo. En el trayecto entre Tocopilla y Calama, el vehículo en cuestión sufrió un volcamiento en el que esa misma persona falleció.

Pienso que sería un signo de aguda superficialidad quedarse en el mero comentario de lo "increíble" o "insólito" de la referida tragedia, reduciéndola a lo anecdótico. O incluso limitarse al adicional sentimiento de solidaridad que brota espontáneo hacia la familia afectada, aunque uno no la conozca.

La evidencia de que la hora de nuestra muerte está determinada por Dios (y que sólo puede alterarse por el suicidio libre y consciente, de don-

de deriva precisamente su ilicitud moral) es apenas el rasgo más evidente de toda una realidad más amplia y profunda, al menos para quienes disfrutamos del don de la fe.

Muchos creyentes suelen admitir en sus palabras la existencia de la Providencia Divina, pero sus juicios y sus actos no reflejan una convicción vital al respecto. De hecho, razonan como si los acontecimientos fuesen movidos principalmente —o únicamente— por la voluntad de los hombres, cuando no por esa absurda entelequia que se denomina la "casualidad".

**D**E allí surge la natural tendencia a situar las propias seguridades fundamentales en el plano de lo puramente humano. De las cosas materiales, de las decisiones propias o de quienes nos rodean y hasta de la confianza en el azar o en la "buena suerte". Se olvida así que

**"Muchos creyentes razonan como si los acontecimientos fuesen movidos principalmente —o únicamente— por la voluntad humana, o bien por esa entelequia absurda que se denomina casualidad..."**



existe una voluntad superior que guía todo el devenir del universo —en misteriosa conjunción con la libertad del hombre— y que precisamente es la Providencia de Dios.

¡Cuántas veces uno se inclina a sentirse seguro al haber superado un problema o un peligro que lo inquietaba y se ve violentamente sacudido por otro drama o contrariedad mucho peor que ni siquiera intuía posible!

Y al revés, ¡cuántas veces una dificultad o una angustia, cuyas soluciones humanas parecen cerrársenos inexorablemente, encuentra imprevisible superación por el camino que menos imaginábamos!

Creo que esas dos experiencias antagónicas que jalonan toda nuestra existencia se entrecruzan para recordarnos que sólo la fe en Dios y el amor a Su voluntad —aun cuando no la entendamos— constituyen las fuentes de la verdadera esperanza o confianza que tanto requerimos.

Es siempre la voz de Dios que, en la alegría o en el dolor, nos busca con la incesante solicitud del Padre.

**A** veces, ella llega a todo un país con una catástrofe colectiva como el terremoto del pasado 3 de marzo. En otras, sobreviene de modo individual, para que la guardemos y aprovechemos en el silencio de la propia intimidad. Y hay algunas en que, no obstante su carácter circunscrito, ella trasciende hacia los demás para invitarnos a reflexionar a partir de un hecho en sí mismo ajeno, pero que nos remece con la eventualidad de que en cualquier momento podría ser propio.

El caso que origina estos comentarios no puede ser más elocuente en la última de estas versiones, apelando a una meditación honda y madura de cada uno de nosotros.